

La influencia maniquea del problema del mal en el pensamiento de Agustín de Hipona

The Manichaean influence of the problem of evil in the thought of Agustín de Hipona

Henry J. Escobar

Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium

La mayoría de los turcos orientales, los habitantes de China y el Tíbet, y un número en la India, pertenecen a la religión de Manes.

al-Bīrūnī

Resumen: Este artículo tiene como objetivo resaltar el papel del problema del mal en el maniqueísmo y la influencia que ejerció sobre el pensamiento filosófico y teológico de Agustín de Hipona. Para ello, será necesario abordar: en primer lugar, definir qué se entiende por maniqueísmo y cuál eran sus doctrinas principales; en segundo lugar, analizar el problema del mal en Agustín de Hipona mostrando la influencia maniquea que esta doctrina ejerció sobre su pensamiento pues para Agustín el mal no era una sustancia en sí misma sino un problema de la voluntad en la conciencia moral del ser humano. Finalmente, exponer que el maniqueísmo permitió históricamente una consolidación del cristianismo como doctrina ecuménica

Palabras clave: maniqueísmo, Mani, Agustín de Hipona, Oriente, cristianismo.

Abstract: This article aims to highlight the role of the problem of evil in Manichaeism and the influence it exerted on the philosophical and theological thought of Augustine of Hippo. To do this, it will be necessary to address: first, define what is meant by Manichaeism and what its main doctrines were; secondly, to analyze the problem of evil in Augustine of Hippo, showing the Manichaean influence that this doctrine exerted on his thought, since for Augustine evil was not a substance in itself but a problem of the will in the moral conscience of the human being. Finally, to expose that Manichaeism historically allowed a consolidation of Christianity as an ecumenical doctrine.

Keywords: Manichaeism, Mani, Agustín de Hipona, Orient, Christianity.

El maniqueísmo fue una religión autónoma de asombrosa complejidad e importancia cultural. Nacida en el siglo III d.C. en la Mesopotamia sometida al dominio persa, esta religión universalista se esparció desde los confines de Europa en Occidente y hasta China en Oriente, donde se mantuvo vigente al menos hasta el siglo XVII. Su fundador, Mani, se veía a sí mismo como el último de los profetas enviados por Dios a la humanidad. Según Antonio Piñero (2010), “Mani concibió su fe como la definitiva, la que completaba a la vez que invalidaba todas las existentes”. De allí, que entrara en un diálogo en que rivalizó con el Zoroastrismo, el Budismo y el Cristianismo, en las regiones donde éstas se hallaban arraigadas, así como posteriormente sucedió con el Islam. El fenómeno del maniqueísmo enriqueció tanto el panorama cultural entre Occidente y Oriente que su conocimiento no se puede limitar a una sola tradición religiosa.

El imaginario del maniqueísmo se estableció de manera intermitente en Occidente (África, España, Francia, el norte de Italia, los Balcanes) durante mil años, pero floreció principalmente en la tierra de su nacimiento (Mesopotamia, Babilonia, Turquestán) e “incluso más al este en el norte de la India, China occidental y el Tíbet, hasta el año 1000 d.C., donde la mayor parte de la población profesaba sus principios” (Arendzen, 2016). De cualquier forma, el maniqueísmo es fruto del encuentro de la diversidad cultural de la antigüedad tardía y los intercambios comerciales de las Rutas de Seda de Euroasia. Las enseñanzas de Mani se extendieron hacia el oeste y norte de África, así como hacia el este y el mar de China “utilizando intencionadamente e incorporando la imagería, el lenguaje y el simbolismo de las religiones con que se encontró, para expresarse de manera más adecuada ante cada público” (Foltz, 1999).

Entre los siglos IV y V el maniqueísmo ejerció una considerable influencia, hasta que fue perseguido como herejía por la creciente Iglesia cristiana ortodoxa. En su juventud, Agustín de Hipona hizo parte del maniqueísmo, antes de su conversión al Cristianismo. Básicamente, los maniqueos de Asia occidental profesaron libremente sus ideas “durante el período islámico de los Omeyas, hasta que, después del ascenso del califato Abasí a mediados del siglo VIII, empezaron a ser perseguidos” (Foltz, 1999). A final del siglo VI d.C, la Iglesia maniquea de Asia Central era ya suficientemente fuerte como para proclamar su independencia de la Iglesia central de Bagdad. Igualmente, se conocen también evidencias que algunos grupos maniqueos desempeñaron un papel central en la traducción de textos y la expansión de la fe

tanto hacia China como entre los nómadas turcos de la Estepa de Anatolia Central (Foltz, 1999).

La doctrina maniquea pretendía ser “una religión de la razón pura a diferencia de la credulidad cristiana; profesaba explicar el origen, la composición y el futuro del universo; tenía una respuesta para todo y despreciaba el cristianismo, que estaba lleno de misterios” (Arendzen, 2016). El maniqueísmo, al igual que el gnosticismo, fue una religión intelectual que despreciaba la simplicidad de la multitud. Como profesaban “traer la salvación a través del conocimiento, la ignorancia era un pecado” (Arendzen, 2016). En este sentido, el maniqueísmo fue una doctrina intelectual culta y su fundador un escritor fructífero, lo mismo que muchos de sus adeptos. Desafortunadamente, actualmente solo quedan pocos fragmentos y, por ende, ningún texto completo. Mani “escribió en persa y arameo babilónico, aparentemente usando ambos lenguajes con igual facilidad” (Arendzen, 2016).

Para entender el maniqueísmo como forma religiosa, conviene comprender en parte su cosmogonía, la cual se basa según Antonio Piñero (2007) en un mito de inspiración gnóstica que trata del exilio del alma y su salvación en un cosmos en el que la materia está asociada al mal, lo que trae como consecuencia una eterna lucha del alma, pues ésta es “un producto mixto de una Potencia divina, buena pero mezclada con la materia malvada, generada por los demonios” (Piñero, 2007, p. 202). En el maniqueísmo, la salvación se lleva a cabo por medio del conocimiento de una verdad revelada, una gnosis que permite acceder a los primeros principios, que describe la naturaleza del alma y el camino para alcanzar la vida eterna a través de una ética y la práctica de unos ritos.

Antes de entrar a exponer la cosmogonía maniquea conviene señalar, junto a Fernando Bermejo (2008), que la narración del origen no fue interpretada alegóricamente para la comunidad maní. Mani se apoyaba en la narración para explicar su sistema, “el profeta babilonio pretendió que lo que el narraba eran postulados de verdaderos sobre la realidad, es decir, enunciados sobre lo que efectivamente ha ocurrido, sigue ocurriendo y ocurrirá en el futuro” (Bermejo, 2008, p. 79). En efecto, los maniqueos no se sirven de la alegoría para disimular su extrañeza discursiva, sino de la convicción de que la salvación no puede “estar abierta a la interpretación y la exégesis inacabable” (Bermejo, 2008, p. 80). La proclamación de salvación debe ser clara e inequívoca: “sólo una revelación así resulta creíble, pues sólo ella muestra no formar parte de la confusión del mundo y estar a la altura del concepto de una

genuina divinidad” (Bermejo, 2008, p. 80). En otras palabras, los maniqueos estaban convencidos de que su cosmogonía describía los acontecimientos tal como habían sucedido en el pasado o sucederían en la realidad.

La cosmogonía maniquea se puede sintetizar en tres momentos. El primer momento alude a la separación de los dos principios originarios, el segundo momento describe la mezcla de luz y tiniebla y el tercer momento anuncia la derrota de las tinieblas y su separación definitiva de la luz (Piñero, 2007, p. 209). El tercer momento se caracteriza por una incesante lucha entre la luz y las tinieblas en la que la figura del padre de la grandeza, simbolizada por la luz, logra vencer a las tinieblas mediante “una triple serie de emisiones de seres divinos, cuyos elementos más importantes por orden de aparición son, el espíritu viviente, el hombre primordial y el tercer enviado” (Piñero, 2007, p. 209).

En su semblanza de la vida de Mani, Amin Maalouf (2001) elabora una descripción literaria de la cosmogonía maniquea, en la que el profeta babilonio, a través de un discurso, habla de la existencia de dos mundos, un mundo de Luz y otro de las Tinieblas. Según Mani, en los jardines de luz se encontraban todas las cosas deseables, en las tinieblas habitaba el deseo, un deseo desmesurado e incontenible. De repente, estos dos mundos entran en conflicto y al hacerlo “se produjo un choque, el más aterrador que el universo haya conocido” (Maalouf, 2001, p.92-93). A causa del enfrentamiento de estos dos mundos, las partículas de luz se terminan mezclando con las tinieblas de diversas formas, dando origen a todas las criaturas, los cuerpos celestes, el agua en todas sus manifestaciones, la naturaleza y el hombre.

En la simbología del maniqueísmo todo está lleno de luces y sombras, de manera que los seres y las cosas se entremezclan produciendo luz y tinieblas. Los sentidos, dice el profeta babilonio, están concebidos para captar la belleza, “para tocarla, respirarla, saborearla, escucharla, contemplarla” (Maalouf, 2001, p. 93). En efecto, para el maniqueísmo los cinco sentidos son destiladores de la luz, por ello hay que ofrecerle perfumes, músicas, colores y evitar el contacto con la pestilencia, los gritos roncós y la suciedad. Toda esta mezcla variopinta de colores, sonidos y aromas responde a la combinación sincrética del cristianismo y las creencias iraníes, bajo el telón de fondo de la cultura mesopotámica y el gnosticismo.

Según Ignacio Gómez de Liaño (1998), el maniqueísmo propone un sistema compacto y brillante en el que la realidad divina y humana, la física y la moral, encuentran su lugar preciso en un mito racionalizado. Al igual que los gnósticos, la doctrina maniquea procura que el

hombre se conozca a sí mismo y autocomprenda su *yo viviente*, lo que implica “conocer de dónde viene, cuál es su misión en la tierra, adónde se dirigirá a la hora de la muerte, pues sólo con esa gnosis logrará salvarse a sí mismo” (Gómez, 1998, p. 513). En el maniqueísmo, la salvación se da cuando la porción luminosa del alma humana es reabsorbida en el Dios de Luz. La salvación es una operación vital tanto para el hombre como para Dios, ya que sólo con la reabsorción de la Luz del alma, el Dios de las Luces podrá vencer definitivamente al Príncipe de las Tinieblas. De modo que la profunda relación del hombre y de Dios procede de la idea de que el cosmos y el hombre han surgido a consecuencia de que algunas partículas de Luz procedentes de Dios, fueron atrapadas por la Materia, “representada por el Príncipe de las Tinieblas, deidad diametralmente opuesta a la luminosa, pero, como ésta eterna e indestructible” (Gómez, 1998, p. 514).

En la cosmogonía maniquea, la historia del Universo y de la humanidad simbolizan el esfuerzo divino mediante el cual se vuelve a separar el reino de la luz y el de las tinieblas. La salvación reside en “reinstaurar el estado originario de separación las dos sustancias-raíces, Luz y Oscuridad” (Gómez, 1998, p. 514). Igualmente, para que el hombre pueda hacer parte del esfuerzo del Padre de las luces y poder salvarse, debe empezar reconociéndose como un ser que pertenece a la luz. Debe recordar su ser propio, preguntarse por sus orígenes, adónde va y qué le ha destinado Dios. Esta *epignosis*, esta revelación le mostrará “su auténtica condición de extraño al mundo (monstruosa mezcla de luz y tinieblas, de sabiduría e ignorancia, de amor purísimo y de concupiscencia bestial), pues en verdad y esencia el hombre pertenece a la Luz y al Bien” (Gómez, 1998, p. 514).

Una cuestión pendiente, antes de pasar a las observaciones de Aurelio Agustín de Hipona a la doctrina maniquea, son los puntos de encuentro que parecen existir entre el maniqueísmo y el neoplatonismo, y que seguramente analizaría Agustín de Hipona. Entre Mani y Plotino es posible encontrar semejanzas respecto al problema del mal, el cual se asocia a la materia y de la que el alma debe purificarse hasta encontrar su salvación. No obstante, es posible destacar algunas diferencias: en el neoplatonismo, el mal es simplemente una apariencia, un error de perspectiva, mientras que en el maniqueísmo el mal es un principio cósmico que mueve la lucha entre la Luz y las Tinieblas. Otra distinción que se puede destacar es que el neoplatonismo habla de la reabsorción de lo múltiple en lo Uno, mientras que el maniqueísmo aboga por la separación de la oscuridad y la luz.

Ahora bien, respecto a la influencia maniquea del problema del mal en Agustín de Hipona plantearé algunas observaciones que establece Agustín al maniqueísmo, las cuales se pueden reducir a básicamente a tres observaciones, dos de carácter crítico y una en la que posiblemente se puede notar cómo la comprensión maniquea se mantiene vigente en el pensamiento de Agustín. La primera observación crítica es que el mal no puede ser una substancia o un principio cósmico como lo afirma el maniqueísmo. La segunda observación es que el mal se encuentra en la parte corporal del hombre o en la materia. La tercera observación expondrá cómo la doctrina maniquea se mantiene vigente en el pensamiento de Agustín, sobre todo en la interpretación que hace de la noción de carne, pecado y concupiscencia.

Agustín acusa al maniqueísmo de estudiar el origen del mal sin antes saber qué es el mal. Para Agustín hay que separar los conceptos del bien y el mal, por ello no se pueden comparar, sino más bien partir de una definición lógica. En el caso del bien, se asocia con todo aquello que es producto de la creación divina, y el mal debe ser entendido como una derivación del bien o una privación del bien, por ende, el mal no sería un principio ontológico autónomo y distinto, como lo expone el maniqueísmo. En términos generales, el mal para Agustín de Hipona no es una sustancia, sino producto del libre albedrío, una cuestión de responsabilidad y elección humana.

En consonancia con lo anterior, el mal para Agustín no puede ser una sustancia o un principio ontológico, debido a que se incurriría en una contradicción lógica, puesto que aquella causa que lo destruye no puede al mismo construir. El mal, según Agustín, es más bien aquello que “ataca la esencia de un ser, lo que tiende a hacer que no exista más” (Agustín, 1995, citado por Rojas, 2016 p.105). Con lo cual, si el mal fuese un principio o una naturaleza se autodestruiría. Para el hiponense, Dios es la causa del bien, es incorruptible e inmutable, por ello, en la creación divina todo es bueno y agradable a los ojos del creador, de modo que Dios al ser bueno “hizo buenas las cosas” (San Agustín, 2000, p. 161). Asimismo, Agustín argumenta que es imposible que la corrupción o el mal afecten de algún modo a Dios, porque él “sólo puede querer para sí mismo lo bueno, y él es el bien. La corrupción, en cambio, no es un bien” (San Agustín, 2000, p. 161).

La segunda observación crítica que establece Agustín de Hipona al maniqueísmo es que el mal no puede estar asociado a la materia y al cuerpo, debido a que ambos son productos de la creación de Dios. El mal no se encuentra en la materia, sino que el mal está relacionado con

el libre albedrío y la voluntad humana. El hombre obra mal debido a su capacidad de decidir, los placeres desordenados y al deseo de los bienes terrenales. El cuerpo del hombre es un bien porque es una manifestación de Dios, cuerpo que pertenece a Dios y, por ende, es bueno. En otras palabras, para Agustín “toda obra de Dios es buena y la única fuente del mal moral es la libertad de las criaturas” (Agustín, 2013, citado por Rojas, 2016, p. 106).

El mal moral depende de la voluntad de elección humana, la cual conduce al pecado. Por ello, el hombre debe aspirar al Bien supremo. El hombre, a juicio de Agustín, no puede excusarse de su responsabilidad ante el mal y, por tal motivo, cada quién es responsable de los actos que comete. De esta forma, si el hombre hubiese sido creado para el pecado, “su deber sería pecar. Pero esto no es posible en el hombre, pues el creador colocó en su corazón las leyes de la moralidad” (Espinosa, 2015, p. 42). Así, el mal para Agustín es resultado de alejarse de la voluntad divina, pues la causa del mal no es la voluntad del Creador, sino la voluntad creada. El mal en sí no existe, ya que no es una sustancia o naturaleza alguna, dado que si fuera un principio sería un bien; de manera que para Agustín, el mal es más bien una privación. Más que una sustancia como lo pretendían mostrar los maniqueos, el mal es una ausencia de bien.

Finalmente, la tercera observación es quizás el modo como la influencia maniquea permanece viva en la comprensión filosófica del mal en el pensamiento de Agustín de Hipona. Al respecto, Eduardo Acin Dal Maschio plantea que si la creación para Agustín es la obra de un Dios omnipotente y bueno, su creación está dotada de belleza y es digna de amor; sin embargo, cuando el hiponense se refiere a los placeres y a los goces terrenales, lo hace en un tono de rechazo, como si fueran una representación del mal tal como lo afirmaba el maniqueísmo: “¿a qué venía esa obsesión con el disfrute, con la lujuria, con los placeres de la carne que no parecían sino reproducir las viejas actitudes maniqueas?” (Dal Maschio, 2015, p. 67). En efecto, cuando Agustín de Hipona habla de la concupiscencia de la carne, la materia y sobre todo la sensualidad corporal, parecen relacionarse en adelante con el mal y el pecado.

Cuando se refiere al matrimonio y la concupiscencia, Agustín se preguntará “¿cómo se puede reivindicar con todo derecho un cuerpo puro cuando la misma alma fornicar del verdadero Dios?” (San Agustín, s.f., IV. 5) De allí que reivindique un fuerte ascetismo en el que se elogie el espíritu, en contra de la concupiscencia de la carne. El cuerpo del infiel se vuelve fuente de pecado, de culpa, el concupiscente se pierde en lo mundano, en la caída en la que solo puede salvarse buscando la gracia divina. De hecho, Agustín llega a sostener que “la

concupiscencia de la carne se identifica con el placer; la concupiscencia de los ojos, con la curiosidad, y la ambición mundana, con la soberbia. Quien vence estas tres cosas no le queda absolutamente ningún deseo que vencer” (San Agustín, Sermón 313 A).

Probablemente la verdadera herencia del problema del mal se encuentre en la manera en cómo el ascetismo agustiniano, al buscar la gracia, debe despreciar el mundo, la materia y la carne, tal como lo planteó el maniqueísmo al buscar la salvación en la gnosis, que consideraba el cuerpo y la materia como el reflejo ontológico del mal, en el que el alma y la voluntad se encuentran perdidas en la perpetua noche de las tinieblas. Finalmente, el maniqueísmo y el cristianismo se reconcilian frente al problema del mal en el desprecio del cuerpo y la mortificación de la carne, cuando se trata de la salvación del alma.

Referencias

- Arendzen, J. (2016). “Maniqueísmo”. *Enciclopedia Católica Online*
<https://ec.aciprensa.com/wiki/Manique%C3%ADsmo> Consultado el 6 de noviembre de 2022.
- Bermejo, F (2008). *El maniqueísmo*. Estudio introductorio. Madrid: Trotta.
- Dal Maschio, E.A. (2015). *San Agustín. El doctor de la gracia contra el mal*. Buenos Aires: Emse Edapp S.
- Espinosa, V. (2015). *Formación ética. Educación para la paz y desarrollo moral*. Bogotá: Editorial Aula de Humanidades.
- Foltz, R. (1999). Religions of the Silk Road.
https://depts.washington.edu/silkroad/exhibit/religion/manichaeism/essay_sp.html
- Gómez de Liaño, I. (1998). *El círculo de sabiduría Diagramas del conocimiento en el mitraísmo, el gnosticismo, el cristianismo, y el maniqueísmo*. Madrid: Siruela.
- Maalouf, A. (2001). *Los jardines de luz*. Madrid: Alianza.
- Piñero, A. (2010). “Pensamiento, orígenes y fuentes del maniqueísmo”. *Revista de libros*
<https://www.revistadelibros.com/el-maniqueismo-de-bermejo-rubio/>
- Piñero, A. (2007). *Los Cristianismos derrotados*. Madrid: Edaf.
- Rojas, C. (2016). “Objeciones de san Agustín al maniqueísmo”. *Dikaioisyne*, (31).
- San Agustín. (2000). *Las confesiones*. Madrid: Akal.
- San Agustín (S.F.). *Sermón 313 A*.
https://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/discorso_446_testo.htm
- San Agustín. (S.F.). *El matrimonio y la concupiscencia*.
https://www.augustinus.it/spagnolo/nozze_concupiscenza/index2.htm#:~:text=Todo%20el%20que%20ame%20el,del%20Padre%2C%20sino%20del%20mundo